

# El viaje vertical de la ecología

La editorial Ardicia recupera a un pionero en el género de las fantasías utópicas, el francés Albert Robida

Narcisse Gurdebêke, acompañado por su familia, acaba de estrenarse como vigilante de la torre de la alcaldía, en la villa de Fysemugue, de Brabante. El puesto tiene además otras obligaciones inexcusables que lo ocupan y que no puede desatender, pues sus funciones son sumamente importantes para la tranquilidad y el buen transcurrir del orden en el pueblo: custodiar el carillón de la iglesia de Saint-Éloi (cuyo campanario comunica con lo alto de la torre), guardar la herumbrosa llave del archivo, encargarse del mantenimiento de las campanas y ejercer de director de la banda municipal, compuesta por cuatro estatuas de más de dos metros, ataviadas con trajes del siglo XVI, que, a compás del reloj, suceden a las horas con un martilleo. También es su cometido otear las anchas tierras, con el fin de avistar incendios, si los hubiera, hasta donde alcancen sus ojos. Se traslada con su mujer, seis hijas y un hijo menor, y deja atrás una vida entregada al cobro de impuestos, trabajo que llevaba a cabo en un minúscula oficina. Abandona, al principio no sin pesar, sus mayores aficiones: la pesca y pasar las tardes en las tabernas bebiendo cerveza belga, con gran perjuicio en su matrimonio. Hasta el suelo la torre tiene cuatrocientos veinticinco escalones, exactos. Desanimado por

esa larguísima distancia, una vez arriba, Gurdebêke pocas veces encuentra el momento de descender de su retiro. Pronto va surgiendo en él el deseo de ser autosuficiente y de recrear, en lo alto de la torre, en miniatura, en el espacio plano que hay en la cúpula, al menos un jardín, un entorno conforme a su gusto y a sus viejos sueños campestres. Empezará entonces, a espaldas de sus conciudadanos y sin dar parte a ninguno de los cargos oficiales del ayuntamiento y autoridades, a subir unas macetas, después a pedir tierra, y progresivamente, gallinas para tener huevos, conejos, también una cabra para que le procure un poco de leche. Con los meses, construye un huerto con diversidad de bancales de verduras y flores, madreseva trepando por las ventanas, una granja y, aprovechando las gárgolas del frontispicio, hasta un pequeño arroyo para regar, que culmina en un estanque. Cuando el escribano Jabihout, que tiene su despacho unos metros por debajo, escucha los chillidos de los animales, perfectamente reconocibles, rumor de agua... empieza a investigar qué es lo que está sucediendo en lo alto de la torre con la familia Gurdebêke.

Albert Robida, hijo de un carpintero, estudió para notario, pero se dedicó a la caricatura y a ilustrar guías turísticas, obras



de divulgación histórica y clásicos literarios, desde Swinft a Villón o Cervantes. En 1880, con el editor George Decaux, fundó su propia revista, *La Caricature*, que dirigió durante 12 años. Fue famosa su trilogía de anticipación, compuesta por *El siglo veinte* (1883), *La guerra del siglo veinte* (1887) y *La vida eléctrica* (1890). Lamentablemente eclipsado con el paso de las décadas la enciclopedia británica le consideraba uno de los pioneros y precursores de la ciencia ficción y de las utopías visionarias. En *En lo alto de la torre*, publicada originariamente en 1895, la prosa es ágil y elegante, a ratos irreverente y satírica, a medio camino entre las narraciones caricaturescas de Rabelais y el mundo de sugestión y utopía de Verne.

La torre de Gurdebêke se describe como la antesala del cielo paradisiaco, un lugar donde la respiración se imagina perfecta y donde se tiene capacidad para ser autosuficiente y de convivir en armonía con la naturaleza, a pequeña escala, y de disfrutar de la grandeza y el ofrecimiento que desinteresadamente ésta regala a quien la respeta y cuida. Gurdebêke consigue un aislamiento perfecto y Robida, la plasmación literaria, sobrada de fantasía, de una fábula de raíz profundamente ecológica.

Aitor Francos

## De tebeo

Chester Brown (Montreal, 1960) integra con Seth y Joe Matt un grupo de historietistas canadienses que desde finales de los ochenta crearon y publicaron habitualmente en *Drawn & Quarterly*, emblema de la edición independiente— obras que han contribuido a redefinir las posibilidades temáticas y formales del cómic.

Los tres amigos, que se han dibujado como tales en varias historias, aunque autores de estilos muy singulares, han coincidido en emplear experiencias personales como materia de sus relatos, combinando lo vivido y lo ficticio. A tal recurso propendieron como ellos bastantes autores que, queriendo eludir las recetas de la ficción de género, han acudido a la realidad más cercana y a la propia experiencia. *El Playboy* (1990), dedicado a Seth, fue uno de los primeros títulos de Brown, que ahora se reedita en español (La Cúpula). El autor lo tituló "memorias en cómic".

Corre 1975 y Chester Brown, un adolescente de quince años, descubre la revista *Playboy* y sus *playmates*, las chicas desnudas del póster central, que acompañan al muchacho en sus ensañaciones eróticas y en sus masturbaciones juveniles y que se convertirán luego en parte fundamental de sus fantasías en la madurez.

Brown es explícito y minucioso al representar en la obra aquel brusco despertar



**Chester Brown revisa y completa una memoria descarnada de sus vergüenzas de adolescente**

de su sexualidad. Pero también—o sobre todo—lo es al narrar las angustias padecidas por temor a que los mayores lo sorprendieran comprando o mirando una revista "guarra", y la complicada búsqueda de escondites o modos de destruirla nunca suficientemente seguros como para quedar tranquilo.

El relato compone un ciclo recurrente de compras compulsivas de los mismos viejos números de la revista, destruidos luego para evitar que nadie—familiar o amigo—supiera de su existencia. Este ciclo de fantasías y pesadillas, de obsesión y vergüenzas, es el asunto de una obra

## Despertares, fantaseos y pesadillas



que, en la lectura, deja ante todo una impresión de sinceridad franca que, más allá de gustos o juicios morales, induce a simpatizar con el autor y protagonista.

A ello contribuye sin duda el dibujo de Brown, sencillo y medidamente caricaturesco, de limpios contrastes, y el artificio de emplear como narrador un *alter ego* en forma de diablillo, lo que confiere al relato cierta ingenuidad muy efectiva. Las notas finales que Brown añade en esta edición pormenorizan fechas y detalles. Uno de los más notables atañe a la repulsión visceral que sintió ante la foto del desnudo de una mujer negra. La implacable claridad con que el autor se confiesa al respecto refuerza el crédito conseguido con su historia.

Chester Brown elabora la obra jugando con las viñetas como unidades discretas, que puede combinar de diversas formas sobre la página en blanco, lo que le permite modular el ritmo de lectura. Esta nueva edición de *El Playboy* modifica la puesta en página de la precedente y simplifica forma y contenido de los globos de diálogo. Pero tal revisión de la obra y los nuevos detalles que incorpora, aunque sustanciosos, importan menos que la contundencia de un relato sereno que, sin disimulo ni excusa, afronta limpiamente vergüenzas o reproches.

Juan Manuel Díaz de Guereñu